



El concepto de la Angustia en el Psicoanálisis

- Trabajo Integrador Final -

Modalidad de presentación:
Investigación Bibliográfica

Autora: Romo, Lara
Legajo: R - 5301/5
Docente responsable: Ps. Giani, Silvia

Rosario, 2023

0
Agradecimientos:

Y si de afectos habla este escrito, aunque aquí con una connotación distinta, se

los dedico a todxs ellxs:

A mi familia y en especial a mi mamá, que me enseñaron la importancia de estudiar lo que me gusta y sembraron las huellas para ir tras mi deseo. Me brindaron los medios y el apoyo necesario para hacerlo posible. Fueron motor y sostén.

A mis amigxs y compañeras por hacer más ameno y lindo el recorrido. Más aún a aquellxs que en la convivencia y lo cotidiano supieron acompañarme, tanto en los pasillos de la facultad como en el interior de un departamento que hicimos nuestro hogar. A todos los momentos compartidos.

A lxs incondicionales que hicieron el aguante cuando todo parecía difícil y prestaron su palabra y escucha cuando hizo falta. A la distancia o bien cerquita a pesar de ella. A su paciencia y amor.

A lxs que creyeron en mí, me abrazaron; compartieron un mate; rieron y festejaron a la par. También a lxs que me desearon éxitos y me dijeron que iba a poder, con mis tiempos y cuando me sienta segura.

A mis niñas, que sin saberlo fueron cable a tierra, organización, estabilidad y un grato espacio de ternura. A nuestro tiempo juntas.

A mi psicóloga, que en tantas sesiones compartidas me mostró que la profesión que elegí es la más linda. Me ayudó a crecer y superarme cada día.

A cada docente que transmitió sus saberes y experiencias, sobre todo a aquellos que con su dedicación me dejaban maravillada en sus clases. A mí tutora y el docente responsable del espacio TIF, que acompañaron con tanto compromiso este proceso.

A la cátedra de Psicoanálisis II, que en estos últimos años me enseñó muchísimo y trajo compañeras increíbles a mi vida. A los conocimientos y las oportunidades que desde allí se desprenden.

Y, por último, y no menos importante, a la educación pública, gratuita y de calidad que me brindó la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario, que me abrió sus puertas allá por 2014 y me alojó para toda la vida.

Gracias por acompañar y hacer posible este hermoso trayecto.

Agradecimientos.....	1
Resumen y Palabras Clave.....	3
Introducción.....	4
Objetivos.....	
5 El concepto de la angustia.....	
6 Primera teoría de la angustia en Freud.....	
7 Segunda teoría de la angustia en Freud.....	
12 Breve introducción a la obra de Lacan.....	
18 La angustia en Lacan.....	
18	
1. Un eslabón indispensable.....	19
Conclusiones finales.....	
24	
	Referencias
bibliográficas.....	27

Resumen

El presente trabajo integrador final se realizó en el marco de la finalización de la carrera de grado de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario. Su finalidad principal es elaborar una investigación bibliográfica sobre el concepto de la angustia en la teoría psicoanalítica desde una perspectiva histórica, orientada a establecer las mutaciones sobre dicho concepto.

Para ello, se buscará retomar el recorrido realizado por Sigmund Freud, padre del psicoanálisis, sobre este afecto: los comienzos de su teorización en torno a la angustia y las posteriores modificaciones que decantan en un viraje epistémico sobre ella.

Por otra parte, se buscará retomar la lectura realizada por Jaques Lacan en su Seminario X, dedicado a la angustia, y sus aportes e invenciones en relación a la teorización de dicho afecto, dentro del psicoanálisis. A partir de allí, la lectura de psicoanalistas más contemporáneos, como Jaques Alain Miller, Roberto Harari, Diana Rabinovich, entre otros.

Por último, se desarrollarán algunas conclusiones finales, junto con una breve comparación entre los principales autores escogidos.

Palabras Clave:

Angustia - Freud - Lacan - Psicoanálisis

Introducción:

El presente trabajo integrador final se titula "*El concepto de la Angustia en el Psicoanálisis*". La problemática de la angustia es un tema que ha encontrado diversas teorizaciones a lo largo de la historia: desde de las ciencias del alma con los antiguos filósofos; seguido de poetas y teólogos; hasta los máximos exponentes de la psicología y del psicoanálisis, han teorizado sobre ella más de una vez. Incluso hoy en día, muchos profesionales de la Salud Mental, buscan indagar sobre este afecto tan displacentero y desbordante para el sujeto.

El presente escrito, busca realizar un desarrollo bibliográfico sobre la concepción de la angustia para el psicoanálisis, sobre todo desde una perspectiva histórica, retomando los abordajes teóricos de los grandes maestros como Sigmund Freud y Jaques Lacan.

La angustia es un concepto que ocupó a Freud desde sus inicios y a lo largo de toda su obra, y si bien fue variando en sus teorizaciones; con la elaboración de la última dualidad pulsional (pulsión de vida y pulsión de muerte) y su consecuente segunda tópica; se produjo un importante cambio en la concepción de este término.

En un comienzo, alrededor del año 1984, Freud consideraba la angustia como la transformación de la libido acumulada y no satisfecha, que al ser reprimida y no poder descargarse, se transformaba directamente en sensación de displacer (Freud, 2013). Él sostuvo esta hipótesis durante varios años, pero a partir de sus observaciones clínicas, en 1925 escribió "Inhibición, síntoma y angustia" e hizo un viraje epistémico que detonó en un cambio radical: la angustia dejó de ser considerada por él como resultado de la

represión para pasar a ser parte de la defensa del yo. El yo es el “genuino almacigo de la angustia” (Freud, 2013), nos dice, y ésta es el motor y la causa de la represión. El yo utiliza la angustia como señal frente a determinados peligros, desplegando un gran monto de excitaciones que no puede controlar, y justamente ella es la señal disipada para dar marcha al proceso represivo. A partir de aquí la angustia estará ligada a una situación traumática, como será desarrollado más adelante.

Haciendo un salto teórico/epistémico, se abordará también el Seminario X “La angustia”, dictado por Jaques Lacan en el año 1962/63. En él, se desarrolla el concepto que da título a dicho seminario, en tanto es definido como un afecto “en el sentido del sujeto afectado”: es el único afecto que no engaña, afecta al yo y se siente en el cuerpo, nos dice.

Para él, el desarrollo de la angustia se presenta cuando hay algo que atormenta al sujeto, que despierta una señal de alarma. A diferencia de Freud, sostiene que ella no es sin objeto, sino que se trata del encuentro con el objeto a, causa del deseo, un objeto perdido, no representable y por lo tanto muy distinto de los demás. En esta obra, Lacan articula la angustia con el concepto de la falta y remite a cómo el sujeto está afectado en su relación con el Otro y a las contingencias que de esta relación fundamental emergen.

4

Objetivos

General:

- Realizar un recorrido bibliográfico por las teorizaciones de Sigmund Freud y Jaques Lacan en torno al concepto de Angustia.

Específicos

- Indagar las principales mutaciones sobre el concepto de la angustia.
- Desplegar categorías que expresen el valor conceptual y práctico de la angustia en la teoría psicoanalítica.

El concepto de la angustia

A lo largo de la historia, el concepto de la angustia ha sido objeto de interés para grandes filósofos, psicólogos, psiquiatras, psicoanalistas, entre otros. En su etimología, la palabra angustia procede del idioma alemán *angst*, definida como algo angosto o estrecho, y se conceptualiza como emoción compleja que tiene la característica de ser “difusa y displacentera, presentando una serie de síntomas físicos que inmovilizan al individuo, limitando su capacidad de reacción y su voluntariedad de actuación; para que ocurra ésta, es necesaria la interacción entre distintos factores de tipo biológico, psicológico y social” (Sierra, J.C; Ortega V y Zubeidat, I., 2003, p. 30).

Siguiendo una línea filosófica, podemos remontarnos al siglo XIX, cuando el filósofo danés Søren Kierkegaard publicó su libro más célebre, llamado "El concepto de

la angustia" en el año 1844. Allí, realiza un profundo desarrollo desde una rama existencialista, donde articula la angustia con la temporalidad, la posibilidad de cometer pecados y el reconocimiento de la libertad. Para él, la mera condición del ser existencial es la base de la angustia. Esta es necesaria en el ser humano y, por lo tanto, ha acompañado y acompaña al hombre en el curso de toda la existencia, es decir, todo hombre experimenta el estado de la angustia alguna vez en su vida. Este filósofo, es retomado por Lacan en los primeros capítulos del Seminario X, pero, como advierte Roberto Harari "No sería esta la única remisión lacaniana al citado pensador, [...] Lacan agrega que fue el más osado investigador del alma anterior a Freud" (Harari, 2007, p.18).

Por otro lado, desde la psiquiatría y la psicología, la angustia puede ser entendida como un concepto que describe algunos estados emocionales y/o trastornos. Este último término ha cobrado gran significatividad en los últimos tiempos, sobre todo con las diversas nomenclaturas con las que cuenta la psiquiatría, como lo es el DSM, (Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales de la Asociación Psiquiátrica Americana), por ejemplo. Así, los llamados "trastornos de angustia" son delimitados en función de su sintomatología y las conductas que expresan, para posibilitar un diagnóstico, pronóstico y posible tratamiento farmacológico. En contraposición a las ciencias positivas y organicistas, podemos situar la orientación psicoanalítica, de allí, por ejemplo, mencionar al psicoanalista Jacques Alain Miller, quien en "La angustia lacaniana" (2013), se pregunta:

¿Cómo pensar nuestra encrucijada contemporánea sin la angustia, sus efectos, sus consecuencias? Se podría decir que [...], enmarcar la angustia constituye una tarea fundamental para el psicoanalista. Que la angustia no sea un trastorno o un disfuncionamiento, que la tarea no sea desangustiar, tal como lo proponen los cognitivo conductistas, sino a lo sumo atravesar la angustia, es la dirección de la propuesta. (p. 11)

El psicoanálisis se ha ocupado de indagar la angustia con gran relevancia durante muchísimos años, buscando la etiología y las consecuencias psíquicas de la misma. Para dicha orientación, una de las características de la angustia es que es un estado afectivo vivenciado a partir del nacimiento, que se manifiesta ante determinadas situaciones vividas como peligrosas o la sensación de que aquellas sean repetidas; pero más allá de cualquier descripción, la angustia se presenta como una verdadera incógnita, por las sensaciones confusas e indeterminadas que despliega.

Sigmund Freud, fundador del psicoanálisis, desarrolló dos grandes teorías de la angustia a lo largo de toda su obra, y se vio precisado a abandonar radicalmente la primera de ellas, a partir de sus observaciones clínicas y teorizaciones: en un principio, en su primera teoría, entiende a la angustia como una manifestación de la libido reprimida y no satisfecha (año 1884). Más tarde, Freud distingue entre una angustia real y una angustia neurótica (año 1917), y ya después de una elaboración más acabada de la dualidad

6

pulsional y la culmine elaboración de su segunda tópica, para el año 1925/26 desarrolló la segunda teoría de la angustia. Ésta, se presenta como más novedosa y con un estatuto de permanencia definitivo, que se contradice con la anterior. Aquí se afirma que el yo es la sede de la angustia, y es a partir de este momento, que el psicoanálisis ve en ella un motor esencial del despliegue de la vida anímica. "La angustia es un tema que ha preocupado a no pocos pensadores. Por ende, los desarrollos freudianos arriban a un campo representacional previamente alambrado. Allí es donde irrumpe en consecuencia el célebre trípode de Freud: Inhibición, síntoma y angustia" (Harari, 2007, p. 20).

Por otro lado, en relación al psicoanálisis propuesto por Jaques Lacan, el maestro

dedica un seminario entero a abordarla. Entre grandes despliegues teóricos, esquemas y puntuaciones fieles a su estilo, propone que la angustia es entendida como un afecto, en tanto representa la afectación del sujeto dada por su relación con el Otro. La misma está enmarcada y se presenta como una señal de lo real, que devela el objeto causa de deseo;

desarrollado primera vez y muy puntillosamente, a lo largo del seminario. La angustia emerge como una contingencia en las relaciones del sujeto con el Gran Otro. El sujeto barrado que se descubre como sujeto de deseo, como puro significante, por el no reconocimiento por el gran Otro, sucumbe a la angustia, señal de peligro ante la falta de Ser. [...] La angustia es entonces una charnela fundamental en la espiral del deseo. (Garbarino, 2012, p.25)

Primera teoría de la angustia en Freud

“El problema de la angustia es un punto nodal en el que confluyen las cuestiones más importantes y diversas; se trata, en verdad, de un enigma cuya solución arrojaría mucha luz sobre el conjunto de nuestra vida anímica”.
(Sigmund Freud, 2013)

A fines del siglo XIX, el joven Sigmund Freud, aún neurólogo, convocado por el estudio de las enfermedades mentales, consagró su interés casi exclusivamente a la histeria, donde se encuentra con sus primeras pacientes y el trabajo con el sufrimiento psíquico. Comienza a perfilar sus conjeturas iniciales sobre la angustia alrededor del año 1894; en esta época, esboza lo que será su primera teoría de la angustia, donde sostiene que la fuente de esta no debe buscarse en lo psíquico, sino que ubica la causa en factores físicos de la vida sexual, punto crucial a lo largo de toda su obra. Uno de los primeros textos que hace referencia a ello, es el Manuscrito E, cuyo título es “¿Cómo se genera la angustia?”, este trabajo, forma parte de los fragmentos de la correspondencia con Fliess; gran amigo de Freud, con quien intercambié innumerable cantidad de cartas y a quien le confiaba sus descubrimientos; y aunque el escrito no data de una fecha puntual, en una nota al pie, se estima que fue escrito en junio del año 1894, dado que es un bosquejo preliminar al artículo sobre las neurosis de angustia de 1895. Freud plantea la cuestión de la angustia haciendo especial mención a su causa, para ello, realiza un resumen de casos en los que existe producción de angustia y todos se caracterizan por una acumulación de tensión sexual, “enseguida tuve claro que la angustia de mis neuróticos tiene mucho que ver con la sexualidad” nos dice (Freud, 2013, p. 229). En el pie de página antes mencionado, también agrega que, este manuscrito, así como varios de los escritos que siguen, “versa en gran medida sobre la teoría de la trasposición de la tensión sexual acumulada en angustia, trasposición que obedecía, según Freud, a la imposibilidad de descargar la tensión por vías psíquicas” (p. 229).

7

Su siguiente publicación respecto al tema se titula “Sobre la justificación de separar la neurastenia de un determinado síndrome en calidad de neurosis de angustia”, cuyo año de publicación es 1895, allí plantea que “la neurosis de angustia posee independencia clínica” (Freud, 2013, p. 92) y explica determinadas características de dicho cuadro, como, por ejemplo: irritabilidad general, expectativa angustiada, ataques de angustia, terror nocturno, vértigo, entre otras. En este escrito, continúa desplegando sus conjeturas

respecto de etiología sexual de la angustia y nos dice que al tratarse de una acumulación de excitación su origen debe buscarse desviando el interés en lo psíquico y atendiendo a lo somático (Freud, 2013). Recordemos que, en este momento de su obra, para Freud, el aparato psíquico se rige por el principio de constancia; según el cual el aparato psíquico tiende a mantener la cantidad de energía lo más constante o baja posible para evitar los incrementos de excitación, entonces sitúa:

la psique cae en el afecto de la angustia cuando se siente incapaz de tramitar, mediante la reacción correspondiente, una tarea (un peligro) que se avecina desde afuera, cae en la neurosis de angustia cuando se nota incapaz para reequilibrar la excitación (sexual) endógenamente generada. Se comporta entonces como si ella proyectara la excitación hacia afuera. El afecto, y la neurosis a él correspondiente, se sitúan en un estrecho vínculo recíproco; [...] el afecto es un estado en extremo pasajero. (p.112)

Hasta este entonces, vemos como Freud, además de ubicar el origen de la angustia en factores orgánicos, económicos y sexuales, también ubica que el desequilibrio se produce por factores externos, es decir provenientes desde afuera. Realiza, luego otras publicaciones que provienen de sus investigaciones clínicas, donde empiezan a perfilarse que tiene más presentes los mecanismos psíquicos como la represión. Por ejemplo, a partir del análisis del caso del pequeño Hans en 1908 propone nombrar la fobia del niño como “histeria de angustia” y explica que este cuadro se justifica mediante un acuerdo entre el mecanismo psíquico de las fobias y la histeria; pero advierte que hay un punto decisivo para nombrarlo de otra manera, y es que a partir del proceso de la represión, el material patógeno no es trasladado a un objeto por fuera de lo anímico o transmutado en un síntoma corporal, sino que es descargado como angustia (Freud, 2013).

Varios años después, publica la conferencia número 25° de introducción al psicoanálisis, titulada por nuestro autor como “La Angustia” (1916/17). Se trata de una lección desarrollada por Freud de manera muy minuciosa, donde despliega por completo la teoría de la angustia explicitada hasta el momento. En su comienzo nos dice “a la angustia como tal no necesito presentársela; cada uno de ustedes ha experimentado alguna vez esta sensación o, mejor dicho, este estado afectivo” (Freud, 2013, p. 357) y sitúa luego que “el problema de la angustia es un punto nodal en el que confluyen las cuestiones más importantes y diversas; se trata, en verdad, de un enigma cuya solución arrojaría mucha luz sobre el conjunto de nuestra vida anímica” (p. 358). A partir de aquí se pregunta cuál es la función de la angustia y para explicarla la clasifica en dos tipos: por un lado, la angustia realista, que aparece como racional y comprensible. De ella diremos que es una reacción frente a la percepción de un peligro exterior, es decir, de un daño esperado, previsto; va unida al reflejo de la huida, y es lícito ver en ella una manifestación de la pulsión de autoconservación. Puede tener dos desenlaces: o bien genera una reacción adecuada al fin y se limita a una señal que ayuda a ponerse a salvo del peligro, es decir, aparece como una conducta adecuada frente al peligro que se exterioriza en un aumento de atención sensorial y tensión motriz; o toda la reacción se agota en el desarrollo de angustia y entonces el estado afectivo resultara paralizante y desacorde con el fin (Freud, 2013).

Podemos pesquisar como Freud comienza a mencionar la palabra *señal*, que, si bien aún no forma parte de la construcción más acabada de la teoría de la angustia, ya empieza a distinguirse de un primer momento donde la angustia solo apuntaría a la descarga. Menciona también por primera vez el “apronte angustiado” que luego explicara en 1920

con “Más allá del principio de placer”; en este momento afirma: “el apronte angustiado me parece lo más adecuado al fin, y el desarrollo de angustia lo más inadecuado” (p. 360). Por otra parte, plantea otro punto que también será retomado en el texto antes mencionado, y es que;

angustia {Angst}, miedo {Furcht} y terror {Schreck} designan lo mismo o cosas claramente distintas. Creo, tan sólo, que «angustia» se refiere al estado y prescinde del objeto, mientras que «miedo» dirige la atención justamente al objeto. En cambio, «terror» parece tener un sentido particular, a saber, pone de resalto el efecto de un peligro que no es recibido con apronte angustiado. Así, podría decirse que el hombre se protege del horror mediante la angustia. (p. 360)

Retomando la definición de la angustia como un estado afectivo, se pregunta ¿qué es, en sentido dinámico, un afecto? Responde que es algo muy complejo, que despliegan sensaciones de la serie placer-displacer y que conllevan a inervaciones de descarga, podemos considerar que dichos estados son precipitados por un evento significativo. Me permito resaltar que aquí surge un punto muy importante: comienza a perfilarse una noción de *repetición*; “en el caso de algunos afectos creemos ver más hondo y advertir que el núcleo que mantiene unido a ese ensamble es la repetición de una determinada vivencia significativa” (Freud, 2013, p.360). A partir de este momento, refiere a cierta impresión muy general y de naturaleza temprana que reproduce en calidad de repetición el afecto de angustia, “decimos que es el acto del nacimiento, en el que se produce ese agrupamiento de sensaciones displacenteras, mociones de descarga y sensaciones corporales que se ha convertido en el modelo para los efectos de un peligro mortal y desde entonces es repetido por nosotros como estado de angustia” (p.361). En este momento de su obra ya considera al nacimiento como el evento que deja tras sí una huella capaz de despertar el estado de angustia; dicho estado, también se va a experimentar como modelo a seguir ante la originaria separación del bebé con la madre.

Por último, en contraposición a la angustia realista, Freud describe la angustia neurótica, que puede observarse bajo tres tipos de constelaciones: el primer tipo de angustia, denominada angustia expectante o expectativa angustiada; es un estado de “angustia libremente flotante” pronto a enlazarse con distintas representaciones en cada oportunidad que surja; esta afección neurótica se llama “neurosis de angustia” y se incluye entre las neurosis actuales. Una segunda forma de la angustia, a diferencia de la anterior, “está más bien psíquicamente ligada y anudada a ciertos objetos o situaciones.” (p. 363). Es la angustia presente en las fobias, y surge en relación a determinados contenidos de representaciones, en las que encontramos un vínculo estrecho con el peligro externo, pero la respuesta de angustia es desmedida. En tercer lugar, Freud desarrolla la angustia en la histeria y dice que se presenta como un enigma, ya que este tipo de angustia puede acompañar los síntomas o surgir de manera independiente como ataque o como estado más permanente, sin tener como fundamento algún peligro real o exterior.

Hasta aquí, Freud aún plantea que la angustia es una transmutación de libido no descargada, y reconoce que lo que se sabe de la génesis de la angustia neurótica sigue siendo aún impreciso, por eso se propone explicar aun un poco más;

el desarrollo de angustia es la reacción del yo frente al peligro y la señal para que se inicie la huida; esto nos sugiere la siguiente concepción: en el caso de la angustia neurótica, el yo

emprende un idéntico intento de huida frente al reclamo de su libido y trata este peligro interno como si fuera externo. Así se cumpliría nuestra expectativa de que ahí donde

aparece angustia tiene que existir algo frente a lo cual uno se angustia. Ahora bien, la analogía puede proseguirse. Así como el intento de huida frente al peligro exterior es relevado por la actitud de hacerle frente y adoptar las medidas adecuadas para la defensa, también el desarrollo de la angustia neurótica cede paso a la formación de síntoma, que produce una ligazón de la angustia. (Freud, 2013, p. 369)

Es interesante remarcar algunos puntos, lo primero es que la diferencia con la situación de la angustia realista reside en dos cuestiones; por un lado, que el peligro ahora es interno en lugar de externo; y por el otro, que no se discierne conscientemente. Otra cuestión importante es que a pesar de que Freud venía sosteniendo que la angustia prescinde de objeto, advierte que ahí donde aparece angustia “tiene que existir algo frente a lo cual uno se angustia”, punto crucial para luego hacer una articulación con la angustia en Lacan. Por último, que, hasta este momento parece que el desarrollo de angustia surge primero y luego es reemplazado la formación de síntoma. Para Freud, en este momento, los síntomas son creados para evitar el estallido del estado de angustia, es decir, no se forman sino para impedir el desarrollo de angustia, que sin ellos sobrevendría inevitablemente. Desplegado este desarrollo de la primera teoría de la angustia en la conferencia 25°, podemos tomar las palabras de Mauro Vallejo, psicoanalista que desarrolla en su tesis “el concepto de la angustia en la obra de Freud”, que, gracias a la oposición entre la libido y el yo, es posible la conexión entre la angustia real y neurótica: así como la primera es la reacción frente a un peligro; en la segunda, el yo busca escapar a las exigencias de la libido “...y se comporta con respecto a este peligro interior del mismo modo que si de un peligro exterior se tratase” (Vallejo, 2002, p. 11).

Tan solo dos años después de esta conferencia, Freud escribe “Das Unheimlich”, también conocido como “Lo Siniestro” o “Lo Ominoso”, que fue publicado en el año 1919. Este texto, fue caracterizado por él como poco importante, probablemente no sabía que este magnífico trabajo sería el preludio a la segunda tónica y un texto clave para comprender el fenómeno de la angustia. Freud inicia su ensayo intentando indagar la relación entre el psicoanálisis y las investigaciones estéticas, señalando que tienen pocos aspectos en común, aunque, sin embargo, hay un punto de coincidencia para interrogar que es lo *Unheimlich* u «ominoso». El maestro no duda de que este término pertenece al orden de lo terrorífico y que genera angustia, pero advierte que “es lícito esperar que una palabra-concepto particular contenga un núcleo que justifique su empleo. Uno querría conocer ese núcleo, que acaso permita diferenciar algo «ominoso» dentro de lo angustioso” (Freud, 2013. p.219). Así, va a situar el término *Heimlich*, a través de un trabajo conceptual, como algo familiar, íntimo. En tanto *Unheimlich*, presentado como opuesto, significaría algo infamiliar, extraño: “...puede inferirse que es algo terrorífico justamente porque no es consabido ni familiar. Desde luego, no todo lo nuevo y no familiar es terrorífico [...] A lo nuevo y no familiar tiene que agregarse algo que lo vuelva ominoso” (p. 220). Dentro de una larga investigación etimológica, Freud logra su cometido y encuentra un punto donde de algún modo *Unheimlich* es una variedad de *Heimlich*, es decir, ambos términos son continuos y no opuestos, lo *Heimlich* deviene *Unheimlich*. Para dar cuenta de ello, recurre a una definición proveniente del filósofo Schelling: “Se llama unheimlich a todo lo que, estando destinado a permanecer en el secreto, en lo oculto, ha salido a la luz” (p.224.). El recorrido de Freud sugiere que, en lo *Heim*, se anuncia algo *Unheim*, es decir, en lo familiar surge algo desconocido o infamiliar, sale a la luz.

Como se ha mencionado, el sentimiento de lo siniestro u ominoso pertenece al orden de lo espantoso, lo angustiante. Para continuar con su planteo, Freud enumera diferentes situaciones en las que surge este efecto, entre ellas, retoma ideas de la literatura y la poesía, ejemplificando el surgimiento de lo unheimlich con las figuras de cera, los autómatas y lo inanimado que cobra vida. Luego despliega ciertos puntos del cuento del Hombre de arena de Hoffman, para concluir que el estilo de este escritor y ciertos rasgos del cuento; como, por ejemplo, la mutilación de los ojos, reconducen al complejo de castración y la angustia que este despierta.

Por último, desarrolla la figura del doble y lo que retorna siempre al mismo lugar, ejemplificándolo con una vivencia propia. “El factor de la repetición de lo igual como fuente del sentimiento ominoso acaso no sea aceptado por todas las personas. Según mis observaciones, bajo ciertas condiciones y en combinación con determinadas circunstancias se produce inequívocamente un sentimiento de esa índole, que, además, recuerda al desvalimiento de muchos estados oníricos” (p.236). Es importante resaltar esta cuestión, ya que permite pesquisar ese retorno no deliberado de lo igual, que puede producir el efecto antes desarrollado. Con la cuestión de la repetición, pueden entrecruzarse los efectos de lo ominoso, ligado a lo que será desarrollado un año después de este escrito en “Más allá del principio de placer”, con la compulsión de repetición y finalmente la pulsión de muerte. Siguiendo el punteo, freudiano:

En lo inconsciente anímico, en efecto, se discierne el imperio de una compulsión de repetición que probablemente depende, a su vez, de la naturaleza más íntima de las pulsiones; tiene suficiente poder para doblegar al principio de placer, confiere carácter demoníaco a ciertos aspectos de la vida anímica, se exterioriza todavía con mucha nitidez en las aspiraciones del niño pequeño y gobierna el psicoanálisis de los neuróticos en una parte de su decurso. Todas las elucidaciones anteriores nos hacen esperar que se sienta como ominoso justamente aquello capaz de recordar a esa compulsión interior de repetición. (Freud, 2013, p. 238)

Como se ha expuesto, Freud postula que la angustia puede sobrevenir como efecto de la represión, por lo tanto, lo ominoso es eso angustiante que retorna, eso que está bajo el velo de la represión que sale a la luz y produce angustia. Ese retorno no es algo nuevo, sino que es lo familiar, algo antiguo que estaba velado o reprimido: podemos afirmar que el prefijo “*Un*” es la marca de la represión. El maestro, finaliza el escrito con dos señalamientos muy importantes; por un lado, afirma que la teoría psicoanalítica está en lo correcto al aseverar que una moción de sentimientos se trasmuda en angustia por obra de la represión, ya que hay muchos casos en los que puede demostrarse que lo angustiante es algo reprimido que retorna y puede nombrarse como lo ominoso. Por otro lado, si la

naturaleza secreta de este término es hacer pasar lo Heimliche (o familiar), a su opuesto, lo Unheimliche (o infamiliar); este sentimiento no es algo nuevo o ajeno, sino una cuestión de larga data en la vida anímica, enajenada de ella a través del proceso de la represión. “Ese nexo con la represión nos ilumina ahora también la definición de Schelling, según la cual lo ominoso es algo que, destinado a permanecer en lo oculto, ha salido a la luz” (Freud, 2013, p. 241).

Por último, para finalizar esta indagación, resulta interesante recuperar las palabras del psicoanalista, Roberto Harari, quien en referencia al último texto abordado nos plantea: “en este último trabajo sí existe, aunque podría decirse de manera impensada, inconfesa, una teoría freudiana sobre la angustia, bajo el análisis de una modalidad particular, la del sentimiento de lo siniestro” (Harari, 2007, p. 21). Para dicho autor, este afecto conocido

como das Unheimliche debe ser incluido dentro de la órbita de la angustia, tal como lo hizo Jaques Lacan en el Seminario X.

Segunda teoría de la angustia en Freud

*“Cuando el caminante canta
en la oscuridad, desmiente su estado de angustia, mas no
por ello ve más claro.”
(Sigmund Freud, 2013.)*

Más de 30 años después, el recorrido iniciado por Freud antes de 1900 en relación al concepto de la angustia presenta un viraje fundamental en su obra a partir de 1925/26, con el reconocido escrito, titulado “Inhibición, síntoma y angustia”. El salto epistémico de la primera teoría de la angustia hacia esta posterior, está marcado en gran medida por dos cuestiones: por un lado, la nueva dualidad pulsional, y por el otro, la segunda tópica freudiana. Podemos situar “Más allá del principio del placer” del año 1920 como texto clave para el advenimiento de la segunda tópica, inaugurada luego, en 1923, con “El yo y el ello”. Nos detendremos en ciertos detalles de la obra de 1920, fundamental para dar paso a la segunda teoría de la angustia, e insisto, puente y puerta de entrada al despliegue de la segunda tópica freudiana.

Roberto Bertholet, docente de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario, plantea en un escrito propio que, en “Más allá del principio del placer”, Freud le dio nombre la pulsión de muerte, también conocida como Tánatos, que “en la mitología griega, refería a la muerte sin necesidad de violencia, la muerte que llega sin que nadie la anticipe, una muerte más bien muda y efectiva” (Bertholet, 2019. p. 13). Dicho docente, describe a esta pulsión como el empuje más extraño, íntimo y desconocido, pero a su vez más propio e inherente a la condición humana; cuyo complemento es la pulsión de vida, también conocida como Eros, caracterizada como más revoltosa y teorizada por Freud en varios escritos. En relación a la primera, dirá que “El nuevo concepto de pulsión de muerte y sus consecuencias sobre toda la teoría psicoanalítica llevan a Freud a replantear las bases mismas de la clínica y reformular los resortes fundamentales de la práctica del Psicoanálisis” (p13).

En el texto antes mencionado, si bien de manera secundaria, Freud teoriza diferentes puntos sobre la angustia, por un lado, nos dice que esta surge como reacción de preparación ante un peligro. Él considera que la angustia está causada por la perturbación económica producida por el incremento de grandes magnitudes de estímulos y que esto se debe a la ruptura de la barrera de protección antiestímulo que produciría una inundación económica del aparato y una disrupción del principio de placer. En el capítulo II desarrolla ciertas fuentes de displacer y nuevamente vuelve a desplegar la diferencia entre miedo, terror y angustia teorizada con anterioridad, salvo que aquí lo hace con más especificaciones que en las publicaciones anteriores; allí refiere:

se usan equivocadamente como expresiones sinónimas; se las puede distinguir muy bien en su relación con el peligro. La angustia designa cierto estado como de expectativa frente al peligro y preparación para él, aunque se trate de un peligro desconocido; el miedo requiere un objeto determinado, en presencia del cual uno lo siente; en cambio, se llama terror al estado en que se cae cuando se corre un peligro sin estar preparado: destaca el factor de la sorpresa. No creo que la angustia pueda producir una neurosis traumática; en la angustia hay algo que protege contra el terror y por tanto también contra la neurosis de terror. Más adelante volveremos sobre esta tesis. (Freud, 2013, pp.12-13.)

A continuación, en la nota al pie de esta última página hay constancia de que Freud usa con mucha frecuencia la palabra angustia para designar un estado de temor que no refiere al futuro, allí comienza a verse una distinción que hará después en "Inhibición, síntoma y angustia" entre: "la angustia como reacción frente a una situación traumática -

algo probablemente equivalente a lo que aquí se denomina «Schreck» {«terror»} y como señal de advertencia de la proximidad de un suceso tal" (p.13). En el capítulo IV, desarrolla que el apronte angustiado constituye la última trinchera de la protección anti-estímulo, esta última, implica cierto estado expectante que sirve como defensa. También menciona que los sueños de angustia en las neurosis traumáticas buscan recuperar el dominio sobre el estímulo por medio de un desarrollo de angustia cuya omisión causó dicha neurosis. Con la abolición del principio de placer, la tarea que se le plantea al aparato es ligar psíquicamente los grandes volúmenes de estímulo, por lo tanto, los sueños mencionados tratan de dominar el estímulo a través del desarrollo de angustia faltante en la situación traumática. (Freud, 2013)

En "Inhibición, síntoma y angustia" (1926) retoma esta concepción y reformula la teorización sobre el trauma ubicándolo como la efracción provocada por lo inasimilable de la intensidad de estímulos, en particular los pulsionales, que romperían tal barrera, sin ser descargados ni ligados.

A partir de la condición de desamparo inicial -hilflosigkeit- de la vida humana, Freud diferencia un primer momento lógico que ubica como "el núcleo genuino de peligro", de un segundo momento, cuando se produce el desplazamiento por la pérdida de objeto. En el primer momento está en juego la exigencia de la intensidad pulsional mientras que en el segundo momento -el momento de la pérdida de objeto- se refiere al Otro materno. (Bertholet, 2019, p.10-11)

En este texto tan importante, puede rastrearse el interés de Freud de desarrollar la angustia como función, lo que implica sobre todo dos cuestiones: por un lado, la anticipación de un acontecimiento traumático y por el otro, una repetición menoscabada de él. También podemos ubicar la presencia de la angustia como señal: en este sentido, se va a comenzar a delinear el lugar central del yo, explicitado concretamente en la segunda tópica freudiana y finalmente en el texto de 1926 que a partir de aquí será desarrollado: en "Inhibición, síntoma y angustia", se produce un cambio esencial y novedoso, propio del espíritu de investigación freudiano: realizará un nuevo análisis donde despliega una vuelta radical respecto a sus postulaciones anteriores. Aquí, lo esencial es que la angustia, ya no es considerada como la descarga del afecto reprimido, sino que va a estar ligada a una situación traumática, y a partir de ahí, va a ser la causa, el motor, de la represión que va a producir la formación de síntoma. Adentrándonos en el núcleo de esta segunda teoría de la angustia, en los primeros capítulos del texto, Freud partirá de la inhibición para situar su vínculo con la angustia y luego el de esta última con el síntoma. A partir de allí, dejará entre ver al síntoma como el reverso de la angustia, esto implica que el síntoma se crea para evitar el desarrollo de angustia y que es un avance del yo sobre las pulsiones del ello. Freud comienza a desarrollar como el yo a través de la señal de angustia, motoriza la represión sobre una satisfacción pulsional proveniente del ello y da paso a la formación del síntoma sustitutivo. Las pulsiones se repiten compulsivamente en busca de satisfacción, es ahí cuando el yo se pone en

funcionamiento y emite la señal de angustia frente a dichas exigencias pulsionales, de esta manera, puede demostrar que no es tan endeble como se creía, sino que es capaz de triunfar sobre el ello pulsional (Freud, 2013). El incansable investigador de los procesos anímicos advierte que no es simple comprender el vínculo entre la angustia y la represión, pero, “se tiene el derecho a retener la idea de que el yo es

13

el genuino almacigo de la angustia, y a rechazar la concepción anterior, según la cual la energía de investidura de la moción reprimida se mudaba automáticamente en angustia” (Freud, 2013, p.89).

En el capítulo IV, Freud introduce otra cuestión novedosa; una nueva forma de teorizar el síntoma respecto de la angustia y la inhibición: retoma como ejemplo el caso del pequeño Hans y del hombre de los lobos. Con el primero, describe que un conflicto de ambivalencia da lugar a la fobia, nos dice que allí la angustia no es un síntoma y que justamente lo que constituye el síntoma principal de esta neurosis está dado por la sustitución del padre por un caballo. Este desplazamiento es lo que constituye el síntoma, que permite resolver la ambivalencia. Luego, con el caso del hombre de los lobos muestra que el yo no utiliza sólo la represión, sino que también recurre a una regresión. (Freud, 2013). Los casos de Juanito y del hombre de los lobos sugieren que un impulso hostil queda reprimido por su transformación en lo contrario, que hubo regresión a fases libidinales anteriores y, lo principal, que en ambos aparece el miedo a la castración: en ambos casos es el miedo de castración el motivo de la represión, las ideas angustiosas de ser mordido por el caballo o devorado por el lobo son sustitutos deformados de la idea de ser castrado por el padre, que constituyen una angustia real:

el afecto-angustia de la fobia, que constituye la esencia de esta última, no proviene del proceso represivo, de las investiduras libidinosas de las mociones reprimidas, sino de lo represor mismo; la angustia de la zoofobia es la angustia de castración inmutada, vale decir, una angustia realista, angustia frente al peligro que amenaza efectivamente o es considerado real. Aquí la angustia crea la represión y no-como yo opinaba antes- la represión a la angustia. (p. 104)

En el capítulo VII retoma las zoofobias trabajadas y nos dice que el yo tiene que actuar contra una investidura de objeto libidinoso del ello por comprender que, el aceptarla, traería consigo el peligro de la castración. Nos preguntamos, ¿qué relación tiene esto con la angustia? Cuando el yo advierte el peligro de castración, dispara la señal de angustia e inhibe la amenaza del ello, “la exigencia pulsional no es un peligro en sí misma; lo es sólo porque conlleva un auténtico peligro exterior, el de la castración” (p.120). En la fobia el miedo a la castración recibe un objeto distinto y una expresión disfrazada. Esta sustitución tiene la ventaja de eliminar la ambivalencia, y además la ventaja de permitir al yo desarrollar angustia. No se sustituye aquí un peligro interior por uno exterior, sino uno exterior (castración) por otro exterior (mordedura). La única diferencia entre esta angustia y la angustia realista es que la primera tiene un contenido inconsciente, que sólo deformado alcanza la conciencia. Estos mecanismos, nos dice Freud, también son aplicables a la neurosis obsesiva, donde el yo intenta sustraerse a la hostilidad del superyó y del castigo de la castración: el obsesivo cumple todos los actos, ceremoniales y mandatos que le son impuestos para protegerse de la angustia. Otro cuadro clínico que puede contemplarse es el de las neurosis traumáticas o neurosis de guerra, donde el miedo a morir es similar al miedo a la castración. En estas últimas, la angustia puede también provenir de la gran cantidad de excitación que inunda al aparato psíquico, como se vio en “Más allá del principio de placer”.

Es tiempo de detenerse a meditar, invita el maestro, “la angustia no es cosa

simple de aprehender” (Freud, 2013, p.125). En el capítulo VIII plantea que la angustia se presenta como algo sentido y que es percibido de modo displacentero. Además, implica un acto de descarga motora, que afecta los órganos respiratorios, el corazón, y que parece tener una nota peculiar. Por otra parte, decanta en un incremento de excitación que produce displacer

14

y es a través de su descarga cuando este decrece. A simple vista esta caracterización responde a lo observable, es decir, a una explicación fisiológica de la angustia, pero Freud quiere ir más allá y supone que hay un factor histórico que demuestra que la angustia proviene de actualizar una situación prototípica: el trauma de nacimiento. La conexión de la angustia con el nacimiento tiene varias objeciones ya que “existe angustia sin el arquetipo del nacimiento” (p.127), por ello, Freud se pregunta nuevamente por su función y las ocasiones en que ella se produce, respondiendo a este interrogante con la idea de que se inició como reacción frente a un estado de peligro, y que se reproduce cuando surge nuevamente un estado semejante. No conforme con esta hipótesis, un nuevo interrogante se abre paso, se pregunta, “¿Qué es un peligro?” (p,128). La señal de angustia ante la cual el yo da inicio al proceso de la represión, es siempre la reacción ante un peligro. Freud habla de diferentes peligros a lo largo de toda su obra, por ejemplo, podemos ubicar “el peligro a la pérdida del objeto de amor” en “Tres ensayos de una teoría sexual” (1905), el peligro ante la separación de la madre, mencionado en la Conferencia 25 “La angustia”, e inclusive el peligro que se siente al atravesar la angustia de castración en la fase fálica. Podemos suponer a partir de aquí, que el peligro se ubica en relación a la pérdida.

Luego de exponer algunos acuerdos y diferencias con Otto Rank, Freud concluye que el niño siente angustia en tres casos: cuando se encuentra solo, cuando está en la oscuridad y en presencia de extraños, “estos tres casos se reducen a una sola condición, a saber, que se echa de menos a la persona amada” (p.129). La angustia es reacción ante esta falta, y nos recuerda análogamente la angustia de castración; que también implica la separación de un objeto y aún a la angustia más originaria o primitiva (angustia del nacimiento), proveniente de la separación de la madre. Con la experiencia de que un objeto exterior, puede poner fin a una situación peligrosa, se desplaza el contenido del peligro de una situación económica a una situación de pérdida de objeto: el peligro pasa a ser la ausencia de la madre, y el niño reacciona con angustia antes que se produzca esa temida situación. “Hemos perseguido su mudanza desde la pérdida del objeto-madre hasta la castración y vemos el paso siguiente causado por el poder del superyó.” (Freud, 2013, p.132). De esta manera, el espíritu incasable del maestro trae una nueva complejización: el poder del superyó produce un nuevo cambio, ya que con la despersonalización de la instancia parental el peligro se hace más indeterminado: el miedo a la castración pasa a ser angustia social, o angustia ante la conciencia moral. El yo responde ahora con angustia a la amenaza de castigo por parte del superyó y su ira, castigos, o pérdida de amor, son valoraciones que hace el yo para desplegar la señal de angustia: “El yo es el genuino almacigo de la angustia” (p.132) afirma. Entonces, la angustia es un estado afectivo que solo puede ser registrado por el yo; puede ocurrir que en el ello se dispare una moción pulsional que de paso a una situación peligrosa, a lo cual el yo reacciona con una señal de angustia; o que se active una situación similar a la del trauma de nacimiento y el yo reaccione con una angustia automática; este último caso es el de las neurosis actuales, donde una gran tensión se resuelve con angustia, mientras que el primer caso era el de las psiconeurosis donde el yo intenta eludir la angustia mediante la formación de síntomas. (Freud, 2013).

La angustia tiene distinta connotación según el periodo considerado: surge al principio ante el peligro del desvalimiento psíquico en la época de la carencia de madurez del yo; el peligro de la pérdida del objeto en la falta de autonomía de los primeros años infantiles; el peligro de castración en la fase fálica; y el miedo al superyó durante el periodo de latencia. Sin embargo, todas estas situaciones siempre subsisten y se puede volver a ellas en calidad de repetición. "... no corremos el peligro de declarar a la angustia de

15

castración como el único motor de los procesos defensivos que llevan a la neurosis" (p.135). Así como en las fobias y neurosis obsesivas, más típicas del varón, la angustia es angustia ante la amenaza de castración; en la histeria, más típica de la mujer, la angustia es angustia ante la pérdida de amor por parte del objeto.

En el capítulo IX Freud desarrolla la relación entre formación de síntomas y angustia, planteando que el síntoma se forma para eludir la angustia y que así "la angustia sería el fenómeno fundamental y el principal problema de la neurosis" (p.136). Lo ejemplifica con la clínica del neurótico obsesivo, mostrando que, si se impide al obsesivo llevar adelante algún ritual, como, por ejemplo, lavarse las manos, siente angustia. Esto

demuestra que el síntoma tapaba la angustia, protege de ella y de la situación de peligro que la había generado. En el siguiente capítulo, reafirma que la angustia es una reacción frente al peligro, pero advierte que no siempre un peligro genera angustia. Para Freud, en el origen de las neurosis debemos encontrar tres factores: uno biológico; la indefensión y dependencia del bebé que aumenta los peligros del mundo exterior, otro filogénico; que refiere a la evolución sexual humana, sobre todo desde la primera infancia; y un tercer factor psicológico; por el cual el yo debe defenderse contra las mociones pulsionales del ello por ser peligrosas, pero esta defensa no es tan exitosa como cuando se trata de peligros externos, por lo cual debe formar síntomas (Freud, 2013).

En el capítulo XI, también conocido como addenda, se abordarán el apartado titulado como "Complemento sobre la angustia", donde Freud detalla ciertas características de la misma y la diferencia del miedo y el peligro: la angustia se caracteriza por su imprecisión y su carencia de objeto definido. Esto la diferencia del miedo, donde hay un objeto identificable. La angustia real es ante un peligro conocido, y la angustia neurótica se da ante un peligro desconocido, emanado del interior. A veces el peligro es conocido y real, pero sentimos una angustia desproporcionada frente a él: aquí se mezclan la angustia real y la neurótica. El peligro proviene de nuestra impotencia en experiencias realmente vividas, es decir, la situación peligrosa es la situación de impotencia reconocida. La angustia es la reacción anticipada a la impotencia en el trauma, reacción que es luego reproducida como señal de socorro en la situación peligrosa.

La angustia es entonces, por una parte, expectativa del trauma, y por la otra, una repetición amenguada de él. Estos dos caracteres que nos han saltado a la vista en la angustia tienen, a su vez, diverso origen. Su vínculo con la expectativa atañe a la situación de peligro; su indeterminación y ausencia de objeto, a la situación traumática del desvalimiento que es anticipada en la situación de peligro. (Freud, 2013, pp. 155,156)

En este apartado, realiza también una aclaración que servirá luego para retomar la articulación lacaniana respecto de este concepto y establecer diferencias, "el afecto de angustia exhibe algunos rasgos cuya indagación promete un mayor esclarecimiento. La angustia tiene un inequívoco vínculo con la expectativa; es angustia ante algo. Lleva adherido un carácter de indeterminación y ausencia de objeto". (p. 154)

Es a través de un arduo recorrido teórico y un extenso trabajo de investigación y práctica analítica, como Freud va reformulando sus teorizaciones. En 1932, con su impronta e insistencia de esclarecer sus descubrimientos, vuelve a ocuparse de la angustia en la 32ª de las "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis: Angustia y la vida pulsional" esta vez de manera definitiva y con mayor claridad. Inicia la misma comentando que comunicará muchas novedades sobre el concepto que nos ocupa, para ello retoma algunos de los artículos ya mencionados y trabajados en el presente escrito; como la "Conferencia 25" e "Inhibición, síntoma y angustia". Retoma referencias sobre los tres cuadros clínicos más comunes, planteando que en las fobias el síntoma es creado para

16

evitar el desarrollo de angustia; que en la histeria actúa de manera más concreta la represión y que en la neurosis obsesiva el desarrollo de angustia se produce si se impide el ceremonial o los síntomas creados para evitarla. Luego nos dice, "En el curso de estas indagaciones nos llamó la atención un vínculo en extremo significativo entre desarrollo de angustia y formación de síntoma, a saber, que ambos se subrogan y relevan entre sí" (Freud, 2017, p. 77). Parece – nos dice Freud - como si los síntomas fuesen creados para evitar la explosión del estado de angustia.

Luego, en uno de sus tantos actos de honestidad intelectual, corrige algunas postulaciones anteriores y continúa con las nuevas consideraciones respecto al problema. Se apoya en la instauración de las instancias psíquicas planteadas con "El yo y el ello": con esta segunda tópica, el aparato se divide en Ello, Yo y Superyó. De aquí podemos mencionar que; el yo es la única sede de la angustia y que la función de la angustia como señal anunciadora de una situación de peligro, cobrará un estatuto muy relevante para la teoría, ya que esta es quien da paso a la represión. Además, postula tres clases de angustia como consecuentes de los tres vasallajes (o servidumbres) del yo: la angustia real, proveniente del mundo exterior; la neurótica que parte del ello; y la de la conciencia moral proveniente de la severidad del superyó (Freud, 2017). Continúa aclarando que la angustia neurótica es también una angustia realista, que proviene de un peligro externo: el peligro de la castración en el caso de los varones y el peligro de la pérdida del amor en las mujeres. Luego agrega que;

[...] a cada edad del desarrollo le corresponde una determinada condición de angustia, y por tanto una situación de peligro, como la adecuada a ella. El peligro de desvalimiento psíquico ajusta con el estadio de la falta de madurez del yo; el peligro de la pérdida de objeto (de amor), a la heteronomía de la primera infancia; el peligro de la castración, a la fase fálica; y, por último, la angustia ante el superyó, angustia que cobra una posición particular, al período de latencia. (p.82)

Finalmente, es interesante remarcar que vuelve a preguntarse qué es realmente lo peligroso; y responde con su hipótesis del factor traumático, donde fracasan los empeños del principio de placer, entonces: "lo temido, el asunto de la angustia, es en cada caso la emergencia de un factor traumático que no pueda ser tramitado según la norma del principio de placer" (p.87). Cada vez que el sujeto se encuentre ante una situación de excitación que no pueda dominar mediante la descarga, es decir tramitarla según el principio del placer, se reactualizará el "factor traumático" y dicha situación será vivida como peligrosa y, por tanto, como displacentera y fuente de angustia. "Retomando lo despejado en 1926, hay un doble origen de la angustia: en un caso como consecuencia directa del factor traumático, y en otro caso como señal de que amenaza la repetición de un factor así" (Bertholet, 2019. p. 11). A modo de cierre y siguiendo el planteo del profesor

recién citado, se desarrollan de manera sintética tres momentos de la angustia: el primero, perteneciente a la angustia traumática, aquí no hay contenido psíquico, es decir, se da por un gran incremento de las magnitudes de estímulo, sería el núcleo genuino del peligro. Un segundo momento; dado por la angustia ante la ausencia de la madre. Y, por último, el tercero, cuando emerge la angustia de castración; en el caso del varón con la amenaza de castración y la temida pérdida del pene; en la niña, a través de la pérdida del amor del padre. Por último, afirma que la castración, le da un contenido psíquico al primer momento traumático y a la angustia (Bertholet, 2019). No olvidemos, la importancia de este complejo que oficia de nudo estructurante y constitutivo, cuya indagación le impuso un límite al fundador del psicoanálisis.

17

Breve introducción a la obra de Lacan

*“Lacan fue muchas cosas.
El polemista que enfrentó a otras corrientes psicoanalíticas.
El fecundo lector de Freud. El autor de otro psicoanálisis alejado del
freudiano”* (Horstein,
Luis, 2013)

A lo largo de toda su obra, Jaques Lacan nos invita a interrogar y reinterrogar los textos de Sigmund Freud, padre del psicoanálisis. Podemos plantear que los primeros años de teorización lacaniana se basan en el reconocido “Retorno a Freud” propuesto por el maestro francés en la década del 50, y presentado formalmente en su escrito de 1957 “La cosa freudiana o el sentido del retorno a Freud”, con ello se propone recuperar los principales postulados freudianos y realizar una lectura al pie de la letra, desde su sentido más original; es decir, volver al texto y retomar los conceptos psicoanalíticos planteados por Freud, que fueron olvidados o transformados por los pos freudianos.

El sentido de un retorno a Freud es un retorno al sentido de Freud. Y el sentido de lo que dijo Freud puede comunicarse a cualquiera porque, incluso dirigido a todos, cada uno se interesará en él: bastará una palabra para hacerlo sentir, el descubrimiento de Freud pone en tela de juicio la verdad, y no hay nadie a quien la verdad no le incumba personalmente. (Lacan, 2009, p. 382)

Ya adentrado en la década del 60, luego de varias controversias epistémicas, Lacan comienza a delinear un estilo muy particular, si bien continúa trabajando con gran puntilliosidad sobre textos freudianos, lo hace exponiendo mayormente su impronta teórica; en palabras del psicoanalista Luis Horstein, “Lacan intentó refundar el psicoanálisis” (Horstein, 2013, p.211). El maestro francés, abordó de lleno la problemática de la angustia en el Seminario X, que dictó entre 1962 y 1963 en el Hospital Sanite Anne en París. Según la psicoanalista Diana Rabinovich; en su libro “La angustia y el deseo del Otro” (2017),

Lacan ha considerado este Seminario como el más logrado y es, además, uno de los mejores y más ricos en articulación explícita de conceptos dados por su experiencia. Además de encontrar en él grandes construcciones teóricas y herramientas para la práctica analítica, realiza un minucioso recorrido de la problemática que nos compete, articulando diversos pensadores, analistas y escritores. En palabras de Harari, autor ya mencionado, resulta interesante remarcar que dicho seminario, se centra en el afecto más importante para el psicoanálisis y que en él, Lacan le otorga un lugar central al afecto, “... la angustia afecta al sujeto. No obstante, la postura lacaniana implica el centramiento en

un afecto que no es cualquiera, sino el que más le interesa a la práctica analítica” (Harari, 2007, p. 16).

La angustia en Lacan

“La angustia es, pues, termino intermedio entre el goce y el deseo, en la medida en que es una vez franqueada la angustia, fundado en el tiempo de la angustia, como el deseo se constituye.”
(Jaques Lacan, 2019)

Para Lacan, la constitución del sujeto es una cuestión que implica directamente a la angustia, en la página 22 del Seminario X, la define como un afecto, y en la página siguiente afirma: “el afecto tiene una estrecha relación de estructura con lo que es un sujeto” (p.23). De aquí podrían desprenderse ciertas cuestiones de interés: por un lado,

18

que en este momento el maestro se propone trabajar sin red, ya que “lo que hay que ver a propósito de la angustia, a saber, que no hay red. Tratándose de la angustia, cada eslabón, por así decir, no tiene otro sentido que el de dejar el vacío donde está la angustia” (p 18). Para Lacan, el afecto no está reprimido, está desarrumado, loco, va a la deriva; es libido flotante, cuyo paradigma es la angustia (Lacan 2019). Roberto Harari, en su libro de introducción a la angustia en Lacan, plantea que “El texto no dice que no hay afectos, sino que se dirige a demostrar que no los hay en tanto reprimidos. El afecto no hace sino afectar” (Harari, 2007, p. 24). Por otro lado, como se ha postulado, si la angustia afecta al sujeto, urge preguntarse ¿qué es un sujeto? No podemos solo afirmar que hablamos del sujeto del inconsciente, concepto fundamental del psicoanálisis freudolacanian, sino que también referimos a un sujeto del deseo, que se instituye por la falta que lo hace desear.

En el capítulo cinco del libro de Harari (2007), él realiza una breve descripción donde diferencia el yo del sujeto. Por un lado, nos plantea al yo, escrito por Lacan con la m (moi), producto de identificaciones, ese yo que es lo más impropio de cada uno, pero que se produce a partir de la preexistencia del campo del Otro. Luego, nos plantea al sujeto del inconsciente, ese sujeto que se escribe como barrado en tanto está “dividido entre lo que sabe y lo que dice” (p. 108). Esta última instancia, singular e individual, también se produce desde el campo del Otro, “De modo que ambos comparten la determinación que llega desde ese territorio ajeno y decisivo, a pesar de diferir en el efecto” (p.109). Luego continúa explicando,

La insistencia en los efectos provenientes del campo del Otro es harto frecuente en Lacan [...] Y ellas remiten al peligro respecto del cual la angustia no cesa de avisar. La amenaza en cuestión es que el Otro pretende apoderarse del sujeto, en tanto lo postula como aquello que puede llegar a completarlo. Es en ese sentido como se marca qué es lo que Otro quiere de mí (lo cual ignoro). Pretende apoderarse del sujeto, incorporarlo, o bien, en un término que nos resulta particularmente gráfico, ingurgitarlo, tragarlo. (Harari, R. 2007, p.109)

Pero aún no nos adelantemos, falta mucho por recorrer para llegar a esta compleja dilucidación lacaniana que da cuenta de la relación esencial de la angustia con el Otro. Por lo pronto, retomaremos el Seminario X para comenzar, al igual que el maestro, a delinear ciertos puntos que pueden guiar mejor este recorrido, y que tienen que ver con las investigaciones de Freud que retoma Lacan. Cabe rescatar la pregunta

sobre cuándo surge la angustia: si a partir de este Seminario puede afirmarse que la angustia surge cuando la falta amenaza con faltar, ¿cómo podría explicarse este mecanismo?

Un eslabón indispensable

En la tercera y cuarta sesión del Seminario X, Lacan propone el texto “Das Unheimlich”, conocido por nosotros como “Lo Siniestro” (1919), y desarrollado con anterioridad en el presente escrito, como un eslabón fundamental para trabajar la problemática que nos compete. Así, indicará que “...el artículo de Freud sobre lo Unheimlichkeit [...] es el eslabón indispensable para abordar la cuestión de la angustia” (Lacan, 2019, p.52), más adelante, en la misma página, continúa diciendo, que lo Unheimlich es eso que surge en un lugar que debería permanecer vacío, un lugar llamado menos-phi: “De donde todo parte, en efecto, es la castración imaginaria, porque no hay imagen de la falta y con razón. Cuando algo surge ahí, lo que ocurre, si puedo expresarme así, es que la falta viene a faltar” (p.52). Entonces, la angustia surge cuando la falta amenaza con faltar, cuando algo aparece en el lugar de la imagen especular, ese lugar

19

descrito como lugar vacío. Allí donde “falta la falta”, aparecerá la angustia, es en relación a esto que se plantea la referencia a lo siniestro: este fenómeno que Freud articuló en términos de aparición de lo que debió permanecer oculto, Lacan lo retoma cuando surge algo en el lugar que debería funcionar el menos-phi. Cuando algo que no debía aparecer, aparece allí, en el lugar de la castración imaginaria, la falta viene a faltar, dando lugar a la angustia. En la cuarta sesión del seminario, Lacan busca ir más allá del punto de detención freudiano, es decir, la castración. En Freud, la causa de la angustia está ligada a cierto orden de pérdida y esa pérdida, conlleva en última instancia a la angustia de castración, que es el nombre freudiano de la falta en Lacan; pero este último, nos plantea que en la estructura imaginaria de la castración ya opera en el menos-phi, y por lo tanto hay que ir más allá de eso, ya que la angustia de castración no sería en absoluto lo que constituye un callejón sin salida para el neurótico (Lacan, 2019). Se plantea que “Aquellos ante lo que el neurótico reclusa no es la castración, sino que hace de su castración lo que le falta al Otro. Hace de su castración algo positivo, a saber, la garantía de la función del Otro” (p.56), es ante esto que el neurótico se detiene. Luego, va a retomar la referencia a lo Ominoso, para situar esta relación entre angustia y castración: “La angustia, les dije, está ligada a todo lo que puede surgir en el lugar (-fi). Nos lo asegura un fenómeno [...] el de lo Unheimlichkeit” (p.57). Luego remarca, como lo hizo Freud en el escrito mencionado, que lo Unheim puede encontrarse en un punto del Heim, y nos dirá que es ahí donde está la casa del hombre. En la página siguiente afirma: “El hombre encuentra su casa en un punto situado en el Otro, más allá de la imagen de la que estamos hechos. Este lugar representa la ausencia en la que nos encontramos” (p.58). El punto fundamental es que, si esta ausencia se revela como presencia, puede ocurrir que la imagen especular se convierta en una imagen completamente desconocida, la llamada “imagen del doble” y que se ponga en evidencia la no autonomía del sujeto.

Incluso en la experiencia del espejo, puede llagar un momento en que la imagen que creemos tener allí se modifique. Si esta imagen especular que tenemos frente a nosotros, que es nuestra estatura, nuestro rostro, nuestro par de ojos, deja surgir la dimensión de nuestra propia mirada, el valor de la imagen empieza a cambiar – sobre todo si hay un momento en que esta mirada que aparece en el espejo comienza a no mirarnos ya a

nosotros mismos. *Initium*, aura, aurora de un sentimiento de extrañeza que es la puerta que se abre a la angustia. (Lacan, 2019, p. 100)

El Seminario pone en juego dos estatutos del cuerpo: por un lado, una experiencia especular, ubicando que el cuerpo se pone en juego como una totalidad unificante, allí se sienten los efectos de la angustia como en lo siniestro o la figura del doble. Por el otro, el cuerpo de las zonas erógenas, donde no interviene la totalidad, sino el borde, las fronteras

delimitadas por las zonas erógenas. Pero siempre hablamos de un cuerpo con marcas.

En la sexta sesión, Lacan nos dice que, en el lugar de lo Heim, ya nombrado como “la casa del hombre” o “lo familiar”, se instala la demanda del Otro. Luego se posiciona afirmando que lo Unheimlich emerge en el seno de lo Heim, cuando se trata no de la demanda, sino del deseo del Otro, allí donde lo que debía permanecer velado, sale a la luz (Lacan 2019). Va a subrayar la importancia del marco y precisa el momento donde aparece la angustia, remarcando que lo Umheilich, lo inquietante “se presenta siempre a través de ventanillas” (p.86) por ejemplo, como se ha explicado en la experiencia del espejo. Luego prosigue, “Es el surgimiento de lo Heimlich en el marco lo que constituye el fenómeno de la angustia, y por eso es falso que la angustia carece de objeto.” (p. 87).

Para Lacan, decir que la angustia no tiene objeto es incorrecto: más allá de esta gran diferencia teórica con

20

Freud, en 1926, con “Inhibición, síntoma y angustia”, este último seguía sosteniendo que la angustia carecía de objeto, pero dejaba entrever algunas contradicciones o breves indicios de que la angustia aparece frente a algo: “El afecto de angustia exhibe algunos rasgos cuya indagación promete un mayor esclarecimiento. La angustia tiene un inequívoco vínculo con la expectativa; es angustia ante algo. Lleva adherido un carácter de indeterminación y ausencia de objeto” (Freud, 1926, p. 154). Lacan retomará esta cuestión para presentar a modo de un aforismo esta radical diferencia, para él, la angustia “no es sin objeto” (p. 101). Punto fundamental para nosotros:

El objeto a se sitúa este año en el centro de nuestro discurso. Si se inscribe en el marco de un Seminario que he titulado la angustia, es porque es esencialmente por este sesgo como es posible hablar de él, lo cual significa también que la angustia es su única traducción subjetiva. (Lacan, 2019, p. 113)

Así, tal como hemos desarrollado, lo Ominoso será la respuesta a la pregunta sobre cómo se hace presente el objeto a, que nos presenta Lacan en el Seminario. En la séptima sesión, comienza con una afirmación de lo que ya venía mostrado en sesiones anteriores: que la vía de la angustia nos revela el estatuto del objeto a, o que es la señal de la intervención de dicho objeto. Este es definido como resto de la división subjetiva en la segunda sesión y como objeto no especular en la cuarta. Una de las primeras cosas que podemos retomar es al a cómo resto de la división subjetiva: para Lacan, esta es la operación donde se constituye el sujeto: el sujeto tiene que constituirse en el lugar del Otro bajo los modos primarios del significante, para constituirse como sujeto barrado, es decir, en falta, deseante. Ese a que teoriza el maestro en este seminario, es el resto de la operación de división. Es lo que permanece irreductible a dicha operación, un residuo. El objeto a no se confunde con otros, es un objeto ajeno a toda definición de objetividad posible. Avanzando a la séptima y octava sesión, dicho objeto será designado con la letra “a” para inscribir un modo de nominación metafórica de un vacío, central en la dialéctica del deseo. La notación algebraica supone a su vez un estatuto de borde de lo real: “ese

real, a, que, en tanto que causa, sostiene el deseo y, lo que es equivalente, divide al sujeto del inconsciente” (Rabinovich, 2017, p.17). Así, Lacan sitúa el objeto a como causa de deseo, que no es igual al objeto de deseo. También lo despliega como objeto invisible; no representable; que no se especulariza; ni se simboliza. No está delante del deseo, sino detrás de él, es su motor. Situar al objeto a “detrás del deseo” (p.144), supone una novedad, que va a subvertir la idea de que el deseo se dirigiría a un objeto que habría que alcanzar.

Continuando con la angustia, Lacan nos va a hablar de su estructura, en la sexta sesión, especifica que la angustia está enmarcada y nos recuerda, “la metáfora que empleé, la de un cuadro que viene a situarse en el marco de una ventana [...] cualquiera sea el encanto de lo que está pintado en la tela, se trata de no ver lo que se ve por la ventanilla” (p. 85). Y luego continúa, “El fantasma se ve más allá de un cristal, y por una ventana que se abre. El fantasma está enmarcado” (p. 85). Retomaremos la articulación que Lacan realiza sobre lo que falta en la imagen y el deseo, señalando que

el deseo está, no solo velado, sino puesto esencialmente en relación con una ausencia. Esta ausencia es también la posibilidad de una aparición regida por una presencia que está en otra parte. Tal presencia gobierna de cerca, pero lo hace desde donde es inaprensible para el sujeto (Lacan, 2019, p.55).

Allí nos dice que hay una ausencia que es permanentemente asediada por la aparición de una presencia, “la presencia en cuestión es la del objeto a, el objeto en la

21

función que cumple en el fantasma” (p.55). Para desarrollar algo referente al fantasma, es propicio volver a la primera clase del seminario, donde Lacan desplegó la estructura de la angustia: la angustia está enmarcada del mismo modo que lo está el fantasma nos dice: “... aquella estructura tan esencial llamada el fantasma. Verán ustedes que la estructura de la angustia no está lejos de ella, por la razón de que es ciertamente la misma” (Lacan, 2019, p.11). Lacan hace del fantasma un operador que conocemos como “soporte del deseo” ya que como es imposible desear sin imagen, lo que hace el fantasma es dar una respuesta a la pregunta por el deseo del Otro, mediante una imagen que es señuelo del deseo. Esta invención de Lacan instituye un objeto que, por definición falta, y que el neurótico intenta reintegrar imaginariamente al campo del Otro para poder obtener una garantía de él. Por eso Lacan plantea que el neurótico acomoda su castración para obturar la castración del Otro, ya que sobre esa falta el neurótico no quiere saber nada. Así obtura lo angustiante de que el Otro desee. Lacan va desarrollando cómo el neurótico con su fantasma hace un uso falaz del objeto, “... con su fantasma el neurótico nunca hace gran cosa. Eso consigue defenderlo de la angustia justamente en la medida en que es un a postizo” (Lacan, 2019 pp. 60-61). Es un objeto parcial, ya que, si el a es resto y no es especularizable, pasando al campo del Otro en el fantasma, se inscribe como una representación parcial de aquello que no tiene representación, y justamente aquello que no se refleja, es la falta. Entonces el fantasma supone una operación de hacer pasar el a al campo del Otro para saber algo de él, en ese sentido el fantasma es reconocido como soporte o sostén del deseo, porque liga la imagen al deseo. “El objeto a que funciona en el fantasma, y que les sirve de defensa contra su angustia, es también, contra todas las apariencias, el cebo con el que retienen al Otro. Y gracias a Dios, a esto debemos el psicoanálisis” (p. 61)

Como se ha explicado, el a como escritura designa en Lacan diferentes cuestiones; podemos encontrarnos con la letra a en relación al término francés *autre*, que representa al otro como semejante; en sus esquemas cuando refiere a la imagen; en sus

fórmulas, como la del fantasma ($\$ \diamond a$), y en el Seminario que nos ocupa al objeto causa de deseo. También, hemos planteado que, al comienzo del Seminario, Lacan afirma que la angustia se encuentra íntimamente relacionada con el deseo del Otro, este punto ha sido fundamental para guiar su recorrido. Nos dice que la angustia es aquello que no engaña, lo que está fuera de duda, esa es su verdadera sustancia. Y expresa que este afecto, deja aparecer lo inesperado, la noticia, lo que expresa el pre-sentimiento, es decir, lo que es previo al nacimiento de un sentimiento (Lacan, 2019). La angustia surge como una contingencia en las relaciones del sujeto con el Otro, ligada a la pregunta: “*Che vuoi?* [...] ¿Qué me quiere? [...] No es solo ¿Qué pide, él, a mí?, sino también una interrogación suspendida que concierne directamente al yo...” (Lacan, 2019, p14). Esta pregunta resulta enigmática y supone un no saber, es decir, implica no saber qué objeto soy para el Otro. El simple hecho de poder hacernos esta pregunta, implica que estamos constituidos como sujetos deseantes. A su vez, hablar sobre el deseo del Otro es mencionar su falta, ¿Qué desea el Otro? Si bien sabemos que el fantasma es un modo de responder a esta incógnita, un recurso para velar lo real, puede ocurrir que algo se deleve. Lacan nos dice, que la angustia es una señal que siente el yo, pero, aunque aparece en el yo, la señal es para el sujeto, para que este sea advertido de algo... “La angustia existe en tanto afecta al sujeto. Indudablemente hay defensas contra ella, el fantasma es una...” (Harari, 2007, p. 25). La función angustiante del deseo del Otro está vinculada a que no sé qué objeto soy para dicho deseo. Como hemos visto, si lo que debería faltar es el objeto a, lo que ocurre cuando se presenta la angustia, es que el a se deleva, por eso se explicó el mecanismo que

22

aparece cuando falta la falta. En el punto en que el sujeto se capta como objeto causa del deseo del Otro, se desconoce y ese es el instante en el que la traducción subjetiva del objeto a es la angustia. Porque ese deseo lo pone en cuestión, lo anula como sujeto. Así emerge esta respuesta como una señal de peligro, ¿peligro de qué? de ser tomado como objeto por el Otro, es decir, de quedar abolido de la condición de sujeto, punto en donde el deseo del Otro vale como goce. Mediante la oscilación entre el campo del deseo y el goce donde Lacan fue introduciendo la temporalidad de la angustia. A partir de acá Lacan va a desarrollar la función de la angustia, que es introducirnos en la función de la falta.

Ubicaremos dos cuestiones, por un lado, como ya hemos advertido, Lacan especifica que “El mismo Freud dice que la angustia es esencialmente *Angst etwas*, angustia ante algo” (Lacan, 2019, p 171). Por el otro, Freud afirmaba en 1926, que la angustia no está en el fondo, sino que “asecha en el trasfondo” (Freud, 1926, pág. 96). Podríamos hacer una lectura aquí de la referencia lacaniana a la angustia como señal de lo real, ya que pertenece a otro régimen. Sabemos que se expresa en el cuerpo, afecta el orden de lo corporal y al yo, y si bien allí adquiere su valor, la señal está dirigida al sujeto, pero tampoco es reconocida por él, porque remite a otro orden diferente.

Tratemos, pues, de seguir paso a paso la estructura, y de señalar donde pretendemos situar el rasgo de señal en el que Freud se detuvo por ser el más adecuado para indicarnos, a nosotros analistas, el uso que podemos hacer de la función de la angustia.

Solo la noción de real, en la función opaca que es aquella de la que les hablo para oponerle la de significante, nos permite orientarnos. Podemos decir ya que este *etwas* ante el cual la angustia opera como señal es del orden de lo irreductible de lo real. Fue en este sentido que osé formular ante ustedes que la angustia, de todas las señales, es la que no engaña. De lo real, pues, del modo irreductible bajo el cual dicho real se presenta en la experiencia, de eso es la angustia señal. (Lacan, 2019, p 174)

En la doceava sesión del seminario Lacan vuelve a presentar un esquema de división subjetiva, esta vez es el tercero, más completo y acabado. “Ya les he enseñado a situar el proceso de la subjetivación en la medida en la que el sujeto tiene que constituirse en el lugar del Otro bajo los modos primarios del significante...” (Lacan, 2019, p. 175). Este tercer esquema se diferencia de los otros ya que aquí Lacan sitúa al *a* como una antecedencia lógica respecto de la división del sujeto. Es decir, el *a* precede al sujeto barrado, deja de ser solo resto para pasar a ser antecedente lógico en la división subjetiva. Luego prosigue, “El *a* es lo que permanece irreductible en la operación total de advenimiento del sujeto al lugar del Otro, y ahí es donde adquirirá su función” (p. 175). Describe que en tanto el *a* es la caída de la operación subjetiva, constituye el objeto perdido, reconocido estructuralmente, “con esto nos enfrentamos, por una parte, en el deseo, por otra parte, en la angustia. Nos enfrentamos con ello en la angustia en un momento lógicamente anterior al momento en que lo hacemos en el deseo” (Lacan, 2019, p. 175). El *a* será fundamento del sujeto atravesado por el deseo, es justamente su caída como resto de la operación, un resto que resiste, constituyendo el fundamento del sujeto deseante.

Lacan va a continuar explicando que en la angustia “el sujeto se ve oprimido, preocupado, interesado, en lo más íntimo de sí mismo” (p. 188), y que este mecanismo está estrechamente relacionado con la defensa y con el registro de lo real. Luego va a empezar a desplegar la función de la angustia diciendo que no es mediadora, sino media entre el goce y el deseo. Tenemos aquí dos conceptos fundamentales: por un lado, situar la cuestión del goce es algo complejo, ya que ese campo resiste a cualquier significación posible, no encaja en lo simbólico, porque pertenece a lo real y sólo sabemos de su

23

existencia por sus efectos. Además, Lacan ubica que, si hay un sujeto del goce, éste se encuentra en un plano mítico. Por otro lado, el tiempo de la angustia no está ausente en la constitución del deseo, aunque esté elidido o no sea perceptible en lo concreto; al respecto afirma que, “La angustia es pues, término intermedio entre el goce y el deseo, en la medida en que es una vez franqueada la angustia, fundado en el tiempo de la angustia, como el deseo se constituye” (Lacan, 2019, p. 190). La angustia irrumpe allí donde la continuidad del deseo encuentra un límite o fracasa. Pero también, se hace evidente que siempre que hay emergencia del deseo, hubo previamente un pasaje necesario por la angustia. Miller en “La angustia lacaniana”, deja en claro que la angustia es productiva, y que a través de ella se constituye la vía privilegiada de acceso al objeto *a*, es decir, al residuo de la constitución subjetiva, “la angustia es la vía -es lo que el Seminario establece- que permite acceder a lo que es anterior al deseo y a su objeto” (Miller, 2021, p. 69).

A modo de cierre, es interesante comentar que más de diez años después del Seminario X, Lacan nos proporciona otra definición de la angustia: en el Seminario XXII (1974- 1975), titulado por su editor R.S.I, retoma nuevamente la tríada propuesta por Freud; Inhibición, Síntoma y Angustia; y las desarrolla brevemente, indicando que estos tres términos

freudianos son entre ellos, igual de heterogéneos como sus términos Real, Simbólico e Imaginario. Es decir, la inhibición condice con el registro de lo Imaginario, los síntomas se articulan al plano Simbólico y la angustia es algo que parte de lo Real, de esta manera, ella le va a dar sentido a la naturaleza del goce ya que la angustia es especialmente eso: lo que es evidente, lo que no engaña. Es lo que en el interior del cuerpo existe cuando hay algo que lo despierta, que lo atormenta, que hace señal de alarma (Lacan, 2019). Cuerpo imprescindible para evocar la palabra y el lenguaje, cuerpo afectado por afectos

que per
turban y dejan huellas indelebles esperando a ser tramitadas.

Conclusiones finales

La problemática de la angustia es un tema que ocupó a Freud durante años, en diferentes momentos de su bagaje teórico y que presenta cambios radicales en su desarrollo. Es una de las construcciones epistémicas más valiosa de su enseñanza, ya que nos permite leer una problemática vigente y quizás una de las más complejas. Por otro lado, ha implicado un arduo trabajo de exposición y desarrollo teórico para Lacan, quien dedica un Seminario completo para su dilucidación.

A partir del recorrido teórico realizado, puede afirmarse que el concepto de la angustia, tan crucial para el psicoanálisis, a pesar de sus largas teorizaciones y la búsqueda de un sentido para explicarlo, sigue presentándose en varias oportunidades como una verdadera incógnita. Hay distintas teorías de la angustia, sus explicaciones son tan variadas como sus modos de manifestarse. Cuando esto ocurre, puede sentirse una extraña sensación de no saber por qué es o ante qué aparece, pero si hay una certeza, es que es imposible atravesar la vida humana sin experimentarla en algún momento. Otra cuestión importante, es que se presenta acompañada de gran cantidad de síntomas, como dolor en el pecho; aumento del ritmo cardiaco y respiratorio; también puede estar acompañada de llanto; sentimientos como la tristeza o el miedo y sensaciones de indefensión o desamparo. Desde una perspectiva organicista (de importante mención, ya que la angustia se siente en el cuerpo) sus difusos síntomas, tanto físicos como psíquicos, generan gran displacer. Desde una razón psicoanalítica, la aparición de la angustia también lleva al displacer reeditando situaciones traumáticas o sentidas como peligrosas. Como se ha mencionado a lo largo del presente escrito, el paso por la vida no es sin angustia, y por lo tanto puede hacerse presente en cualquier momento de nuestra existencia: desde la infancia hasta la adultez.

24

A partir de las dilucidaciones psicoanalíticas, sabemos que dicho afecto se precipita en nosotros desde el momento en que nacemos, acompaña la pérdida los primeros objetos de amor e inclusive sus consecuentes duelos; reaparece ante la inminencia de futuras pérdidas; y ante el encuentro con lo desconocido, lo novedoso en lo que creíamos conocer, y por qué no, ante el encuentro con nuestro propio deseo. Por otro lado, la angustia se manifiesta en el hablanteser, y es por ello que cada sujeto crea distintos modos de defenderse para sobrellevarla, porque cada sujeto es único y singular. Así como en Freud los mecanismos de defensa, como los síntomas, se arman para evitar la angustia; en Lacan, sabemos que, además de los síntomas, el fantasma suple ese rol, en tanto el soporte fantasmático, es la mejor defensa frente a ella y la única manera en que podemos soportar ser objeto para el Otro.

Como se ha expuesto, la angustia constituye una señal que afecta al yo, pero está dirigida verdaderamente al sujeto de deseo, uno de los ejes centrales del psicoanálisis. Este afecto constituye un punto clave de la dialéctica deseante, ya que devela al objeto *petit a*, causa de deseo. Siguiendo esta línea de argumentación, es posible pensar la angustia como parte del acaecer afectivo con el que cada sujeto se enfrenta tras aproximarse a lo más íntimo de su deseo. La angustia no carece de objeto, pero esto no implica que sea un objeto accesible como los demás: Miller nos advierte, "Hablar de la angustia, y especialmente de la angustia como vía de acceso al objeto a, exige delicadeza, una delicadeza especial, precisamente porque no es un objeto como los otros" (Jacques Alain Miller 2013, p. 22).

Como conclusión de este trabajo es importante remarcar que la función de la angustia es estructurante, su entramado constituye un punto crucial en el aparato psíquico, un agujero, y su aparición interpela el núcleo más genuino de cada sujeto, ya que se presenta como una vía de acceso a ese resto perdido que opera como causa desde que somos parte del mundo del lenguaje.

Freud nos habló de la angustia señal, esa angustia que prepara al sujeto para algo, que lo pone en estado de alarma... si la angustia tiene que ver con cierta señal de que algo puede llegar a pasar, la pregunta es, ¿acaso los analistas no esperan que algo pase en el espacio de análisis? Imaginemos... Nos invade un afecto, un afecto que no engaña, que el yo siente y expresa a través del cuerpo orgánico y erógeno, un cuerpo repleto de marcas, historias y afectaciones. Pero ahora sabemos que esto que aparece no está dirigido al yo, a veces endeble, otras más fuerte. Un yo imaginario que me representa en lo que no soy, lo que no me es propio, sino de otros. Ese afecto está dirigido al sujeto y al entramado que hay allí, como una señal, pero que ni siquiera pertenece al orden del significante y de lo simbólico; justamente por eso, cuando emerge la angustia nos encontramos ante esa imposibilidad de simbolizar, de poner en palabras, de decir. La angustia es señal de lo real, nos dice Lacan. Por todo eso, puede considerarse que, en la práctica analítica, la angustia se trabaja, no se elimina, porque su estatuto proviene de otro orden, tiene relación con lo real, lo bordea y esto es algo que debe interesarnos: en el punto en que se presenta frente a lo desconocido, lo que se repite y que no tiene sentido, pero nos acompaña en la existencia.

El concepto de la angustia, reviste interés no solo por la complejidad de su manifestación, expresada a través de la afectación del cuerpo, sino también por su constante repetición y frecuencia en la actualidad. La problemática que interpela este largo trabajo, apunta a la importancia de dicho concepto para el trabajo clínico, a lo indiscrutable de su manifestación y por su puesto al recorrido teórico-práctico que los maestros llevaron adelante para poder hablar de algo que justamente no puede ser nombrado. ¿Qué es la

25

angustia? ¿por qué se presenta? ¿frente a qué situaciones se manifiesta y por qué al sujeto le cuesta tanto poder decir algo de ella?

En el prefacio del libro "La angustia lacaniana" Silvia Geller señala "que a partir de Freud y su ubicación de la angustia como motor de la represión Lacan ubica la causa del deseo" (Miller, 2021, p. 11). Es así como podríamos mencionar que, en el terreno freudiano, después del proceso de la represión, la angustia aparece desfigurada, por eso no sabemos por qué estamos angustiados, y en Lacan, la angustia devela algo que debería faltar, algo que está perdido y que opera como causa; que al formar parte de lo real se presenta como una incógnita y no pertenece al registro de lo que puede ser dicho mediante la palabra.

El legado de Freud deja en claro que la angustia es una de las vías de entrada o acceso al análisis, además de la inhibición y por supuesto, los síntomas. Lacan, por su parte planteaba que la angustia es el instante del corte, función privilegiada para el psicoanálisis, además de la palabra y la interpretación mediante la escucha. En relación al tema aquí presentado y contando con las herramientas psicoanalíticas, la propuesta es pensar la clínica con los avatares de la angustia, sabiendo que esta no es un trastorno o un disfuncionamiento, no forma parte de una expresión patológica para el sujeto, sino un eje, un punto de capitón que al develarse puede orientar el trabajo. Por todo esto, en la medida de lo posible, hay que abordar la angustia hablando. Sabemos que el acontecimiento discursivo deja efectos en el cuerpo y que mediante la palabra se irá

tramando un recorrido a descifrar. Planteamos que es precisamente este fenómeno, el que, cuando aparece, en un punto permitirá guiar el trabajo analítico y conducir el tratamiento como con una brújula, develando la causa del deseo. Allí la tarea no está dirigida a desangustiar, sino a poner en palabras lo que a través de ella se quiera decir y arribar al puerto que esta conduzca.

Referencias bibliográficas

- Bertholet, R. (2019). Freud y la clínica del síntoma. Catedra Psicoanálisis 2. Facultad de Psicología. Rosario.
- Facio, M. (2013). Breve recorrido por las teorías de la angustia de Freud. Sección clínica de Barcelona. Recuperado el 01-04-2022 de: <https://scb.icf.net/nodus/contingut/arxiupdf.php?idarticle=455&rev=57>
- Garbarino, H. (2012) Las diferentes concepciones psicoanalíticas de la angustia. Revista uruguaya de Psicoanálisis. Recuperado el 02-04-2022 de: <https://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201211402.pdf>
- Martínez Verdú, J.G. (1994-95). Apuntes sobre la angustia en Sigmund Freud. Universidad de Valencia. Recuperado el 12-08-2022 de: <https://www.uv.es/marverjo/Textos/Angustia%20en%20Freud.htm>
- Freud, S. (2013). Manuscrito E. ¿Cómo se genera la angustia? Obras Completas, Tomo I, Amorrortu, Buenos Aires.
- Freud, S. (2013) Sobre la justificación de separar la neurastenia de un determinado síndrome en calidad de neurosis de angustia. Obras Completas, Tomo III, Amorrortu, Buenos Aires.

- Freud, S. (2013). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. Obras Completas, Tomo X, Amorrortu, Buenos Aires.
- Freud, S. (2013). Conferencia 25. La angustia. Obras Completas, Tomo XVI, Amorrortu, Buenos Aires.
- Freud, S. (2013). Lo Ominoso. Obras Completas, Tomo XVII. Amorrortu, Buenos Aires. Freud, S. (2013). Más Allá del Principio de Placer. Obras Completas, Tomo XVIII. Amorrortu, Buenos Aires.
- Freud, S. (2013). Inhibición, síntoma y angustia. Obras Completas, Tomo XX. Amorrortu, Buenos Aires.
- Freud, S. (2017). Conferencia 32. Nuevas Conferencias de Introducción al Psicoanálisis. Obras Completas, Angustia y vida pulsional. Tomo XXII. Amorrortu, Buenos Aires. Harari, R. (2007). El Seminario "La angustia", de Lacan: una introducción. Amorrortu, Buenos Aires.
- Horstein, L. (2013). Las encrucijadas actuales del psicoanálisis: subjetividad y vida cotidiana. Fondo de cultura económica. Buenos Aires.
- Lacan, J. (2009). La cosa freudiana o el sentido del retorno a Freud en psicoanálisis. Escritos 1. Siglo Veintiuno. México.
- Lacan, J. (2019). La angustia. Seminario X. Paidós. Buenos Aires.
- Lacan, J. (2019). R.S.I. Seminario XXII. Paidós. Buenos Aires.
- Laplanche, Jean. Pontalis, Jean-Bertrand. (2004) Diccionario de psicoanálisis. Paidós. Buenos Aires.
- Miller, J.A. (2021). La angustia lacaniana. Paidós. Buenos Aires.
- Ravinobich, D. (2017). La angustia y el deseo del Otro. Manantial. Buenos Aires. Sierra, J.C; Ortega, V; Zubeidat, I. (2003). Ansiedad, angustia y estrés: tres conceptos a diferenciar. Revista Mal-estar E Subjetividade. Universidad de Fortaleza. Brasil.
- Recuperado el 12-08-2022 de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=27130102> Vallejo, M. (2002). El concepto de angustia en la obra de Freud. Universidad de Belgrano.